

ra era tan diverso. De esta heterogeneidad no podian menos de seguirse grandes males. Sin embargo, la presencia del marqués de los Velez en el pais fué de grande utilidad, por el terror saludable que inspiró á los moriscos de las inmediaciones, próximos á imitar el ejemplo de los de la Alpujarra. Se movió el marqués de los Velez desde Tabernas, y pareciéndole ya inútil trasladarse á Almería, como el rey se lo habia prevenido, tomó la vuelta de Güecija, donde le esperaban los moriscos que fueron derrotados. De allí se movió á Filix, donde le esperaba un encuentro con los rebeldes que tambien trataban de disputarle el paso. Una circunstancia le proporcionó en aquel punto una victoria, que de otro modo no hubiese sido tan completa. Habiendo sabido en Almería don García de Villa Roel este movimiento del marqués, trató de ganarle por la mano, y con la gente que pudo allegar cayó sobre los moros, tomando la apariencia de ser la vanguardia del cuerpo del ejército que seguia sus huellas; mas los moros percibiendo el engaño salieron en busca de don García, quien intimidado al ver la muchedumbre de los enemigos, se retiró en direccion del campo del marqués, dándole parte de las buenas disposiciones que tomaban los moriscos, suponiendo que hubiesen recibido los refuerzos que esperaban de Africa. No titubeó sin embargo el de los Velez en acometerlos, y se movió con su campo, precediéndole la vanguardia acostumbrada. Creyendo los moros que era esta una nueva estratagemas de Villa Roel, se hicieron firmes; lo que proporcionó al caudillo castellano la ventaja de derrotarlos, haciéndoles muchos muertos y cogiéndoles muchos prisioneros. Mencionamos esta circunstancia para hacer ver que en esta guerra, donde los caudillos obraban con independencia, se aspiraba á ganar lauros exclusivos con detrimento de la causa comun por la que estaba empeñada la contienda. Tambien es circunstancia digna de reparar, que los moros para hacer creer á Villa Roel que tenian mucha gente, formaron un escuadron de niños y mujeres

cubiertos con capas y trajes, que desde lejos parecian soldados. Igualmente hay que notar que en esta accion pelearon valerosamente algunas mujeres moriscas metiéndose por los caballos, arrojando piedras, y á falta de estas, echando polvo en los ojos de los castellanos. Se cogió un gran botin en la refriega, y esto le fué al marqués de mucho daño, pues muchos soldados cargados de despojos dejaron el campo y se volvieron á sus casas. Despues de algunos dias de permanencia en Filix, movió su campo hácia Andarax, y consiguió otra victoria de los moros que le esperaban en las sierras de Ohañez. Así habia conseguido sobre ellos tres victorias, haciéndoles muchos muertos y cogiéndoles un número mucho mas considerable de prisioneros. Mas el marqués de los Velez conocia muy bien que estas derrotas no ponian término á la guerra, y que en la fragosidad del pais y en lo encarnizado de la lucha, encontrarían obstáculos de mucha monta las armas castellanias, á pesar de que la fortuna se declaraba á su favor en casi todas las refriegas.

Mientras que el marqués permanecia en Filix, se movió de Almería D. Francisco de Córdoba sobre el castillo fuerte de Inox, situado en la sierra de este nombre, que tomó á viva fuerza, á pesar de la obstinada resistencia por parte de los moros. Fué la matanza grande, y el botin uno de los mas ricos que se habian hecho en el curso de toda aquella guerra.

Igualmente afortunado fué el marqués de Mondejar en su expedicion de las Guajaras, adonde se habia movido, como hemos dicho, desde Ujijar. La tierra es asperísima, y en el castillo del mismo nombre encontró el marqués tan grande resistencia, que á pesar de su carácter humano mandó pasar á cuchillo á cuantos moriscos se encontraron dentro. Desde allí se trasladó el marqués á Orjiba para terminar la reduccion de la Alpujarra. No hay que olvidar que se hacia la guerra en tierras ásperas y fragosísimas, en lo mas crudo y recio del invierno. La simple reseña de los hechos que vamos refiriendo, mani-

fiesta la grande actividad que desplegaba el de Mondejar. Mucho le aguijoneaba para terminar la lid la presencia del de los Velez en el territorio de su mando. Poseido siempre de su idea de reducir los alzados y no de destruirlos, publicó en la Alpujarra un bando prometiendo perdon y proteccion del rey á cuantos presentasen sus armas y banderas. Muchos lo ejecutaron, sin duda de carácter pacífico, y animados de buenas intenciones; pero otros muchos, y entre ellos los caudillos, sin duda desconfiaban de las promesas del marqués, ó viéndose demasiado comprometidos, se manifestaban resueltos á seguir la guerra. Aben-Humeya, que habia entrado en conferencias de acomodo, se manifestaba mas contrario que nunca á rendirse á merced del rey, pues otras capitulaciones no podia esperarlas. En los jefes reinaban desconfianzas y discordias, y nadie queria ser el primero en dar un paso tan aventurado. De Africa, donde tenian sus enviados, habian recibido algunos auxilios; y aunque hasta entonces en pequeño número, no perdian la esperanza de que las potencias berberiscas tomasen parte activa en la causa de sus hermanos en España.

Noticioso el marqués de Mondejar del punto donde se encontraban Aben-Humeya, El-Zagüer y varios personajes, envió una expedicion secreta con el objeto de prenderlos; mas aunque fueron sorprendidos, pudieron escaparse, dejando burlados á los que los creian ya seguros en sus manos. De este modo debió de perderse la esperanza de entrar en tratos y convenios con el rey de los moriscos y sus caudillos principales.

Visto lo inútil de esta tentativa, hizo otra el marqués de la misma especie y con igual objeto; enviando á los capitanes Alvaro Florez y Antonio de Avila á prender á Aben-Humeya y sus parciales, que estaban reunidos en el pueblo de Valor; y no habiéndolos encontrado allí, saquearon el pueblo, de cuyas resultas se alzaron los habitantes y mataron á cuanta gente acaudillaban los cristianos.

Con estos dos golpes dados tan en vago, se encontraron mas y mas Aben-Humeya y los caudillos que querian á toda costa la prolongacion de la contienda. Se hallaba por lo mismo muy lejos el marqués de satisfacer sus vivísimos deseos de ver pacificada la provincia. En la conducta de sus mismos soldados, codiciosos de botin, propensos á cometer todo género de excesos sobre los vencidos, encontraba asimismo obstáculos á sus designios. Muchos moriscos reducidos á la obediencia eran saqueados y maltratados violentamente, á pesar de su papel de salvaguardia por los castellanos. Los moriscos pacíficos tenian así sobrados motivos de recelo y desconfianza, mientras los partidarios de las hostilidades esplotaban con habilidad estos sentimientos que les eran favorables.

Mientras tanto los moriscos de Albaycin, que, como hemos dicho, malograron la ocasion de alzarse cuando fueron invitados para ello por Aben-Farax la noche del 25 de diciembre, experimentaban malos tratamientos por parte de las autoridades de Granada, y tuvieron motivos para arrepentirse de una inaccion que tuvo tanta influencia. El conde de Tendilla, encargado de los negocios de la guerra, hizo alojar en sus casas á las tropas que iban llegando poco á poco, sin hacer caso de sus representaciones, de sus quejas y de sus ofertas de surtirles de cuantos objetos para su acomodo fuesen necesarios. Las tropas alojadas no fueron parcas en abusar de su posicion, y los agravios que de ellos recibieron los moriscos, avivaron el fuego de su resentimiento. Mas se las habian con autoridades que tenian abundantes medios de oprimirlos, y se contentaban con hacer votos en secreto por la buena fortuna de sus compatriotas de las Alpujarras.

El encono de los cristianos contra los moriscos era una pasion nacional, aumentada por la diferencia de religion, y llevada á su mayor extremo por lo encarnizado de la lucha. Al principio de la insurreccion se habian puesto á muchos moriscos presos en las cárceles de la

Chancillería; unos que verdaderamente tenían delito para ello, y otros en clase de rehenes que respondiesen de la conducta de los otros. Se esparció un día en la ciudad la noticia de que venían los moriscos de afuera á libertar á sus hermanos de la cárcel; y sea que hubiese motivo para creerlo así, ó que fuese invención de gente mal intencionada, se tomaron precauciones dentro de la cárcel, armando á los cristianos presos para evitar cualquier ataque á mano armada; mas esta que se adoptó como medida de precaucion, produjo el efecto de que viniesen á las manos unos contra otros los presos de la cárcel. Peleaban con armas los cristianos; los moriscos con piedras y ladrillos que arrancaban de las paredes de los calabozos. El resultado fue la muerte de estos últimos, que eran en número de ciento diez y siete, y la de cinco cristianos, que tambien tuvieron diez y siete heridos.

Tal era el aspecto que presentaba la insurreccion de los moriscos del reino de Granada. Habian sido derrotados en todos los encuentros y perdido todos los puntos fuertes, mas la lid no estaba concluida. No se pone con dos ó tres victorias término á una guerra cuyo teatro es áspero y fragoso como el de las Alpujarras; cuando no está vencido el ánimo de los combatientes; cuando hay caudillos ambiciosos resueltos á probar fortuna, resueltos á perder el todo por el todo, para quienes no queda ya esperanza ni de perdon, ni de avenencia. Estaban vencidos los moriscos, pero no domados. Por mucho que fuese el celo del marqués de Mondejar de traerlos á la obediencia, podian mas con ellos sus antiguos odios como nacion y como sectarios de otro culto. La rapacidad de los soldados cristianos, apagaba cuantos sentimientos podia haber en algunos en sentido de la pacificacion; y por estas causas reunidas estaba la guerra en víspera de ser encendida con mas furor que nunca. A esta mala situacion de cosas se agregaba la discordia entre las autoridades puestas por el rey; la variedad de pareceres sobre el valor de lo que se habia hecho, y las medidas que

en lo sucesivo debian de adoptarse. En la opinion del marqués de Mondejar, estaba la guerra casi concluida: para el de los Velez, no habia verdadera pacificacion en el pais sin la deportacion ó destruccion de todos los moriscos. Cada uno de los dos marqueses tenían en Granada su parcialidad, que defendia y acusaba segun el caudillo á quien pertenecía. Estaban penetrados todos los hombres imparciales de la falta grave que se cometia encomendando los negocios de la guerra y del pais á dos jefes de tan diverso carácter y modo de juzgar, que obraban del todo independientes. Para sujetar á entrambos á una autoridad comun, pareció á muchos un medio eficaz la ida del rey á Granada, pues era un asunto de bastante gravedad para hacer á lo menos muy útil su presencia. Asi se lo pidieron algunas personas de gran peso en Granada, y asi opinaron algunos miembros del Consejo. Mas Felipe II, tan activo y laborioso en su despacho, no era hombre que se ponía en movimiento fácilmente, y sobre todo tratándose de la agitacion y conflictos de una guerra. Repugnando, pues, al rey el viaje de Granada, le pareció un buen expediente enviar en su lugar á su hermano don Juan de Austria, que á la sazón se hallaba en su córte, recibiendo la educacion y rodeado del esplendor debido á su alto nacimiento.